



## **Chiquita Barreto Burgos**

▽△

▽△

## **Juan Laguna**

(A Catalina Ruiz Díaz, porque tuvo el privilegio de vivir un gran amor)

No sé porqué te llamé Juan Laguna. Podía haberte inventado un nombre glorioso, como Alejandro, Felipe, Augusto o Marco Aurelio, pero yo quería un nombre que me diera tu imagen exacta, que al pronunciarla invocara tu infancia de bolitas y trompos, de frutas aún verdes mordida por tu ávida boca de niño; un nombre que trajera hasta mí, las tardes de potreros y arroyos y el desconcertante asombro ante la trabazón erótica de las perras en celo; la rudimentaria higiene de lavarte las manos con saliva después de escarbar con ella la tierra buscando lombrices. Tu alegría supersticiosa durante los aguaceros con sol festejando los esponsales del diablo.

Cuando descubrí tu ternura florecida en cada poro, tu pasión recién estrenada y la tristeza que apagaba de tanto en tanto la luz de tu mirada quise tener un mapa de tu vida e inventé el itinerario de tu existencia con ese nombre, y desapareciste de mi vida sin que yo supiera con cuál te bautizaron. A veces creo que vos no exististe nunca, que no sólo inventé ese nombre sino también tu presencia fugaz en mi vida; que tal vez fuiste la letra de algún bolero escuchado en una medianoche de nostalgia; pero no, yo palpé las

cicatrices de tu rodilla y aspiré tu olor a tierra mojada; aún siento en mis manos las asperezas de tu barba crecida y puedo escuchar tus susurros de amor.

Hoy recorro a ese nombre para saltar la laguna de mi memoria y reconstruirte después de tantos años, y sólo recupero tu cuerpo amoratado, el piolín de sangre seca colgado de tus labios, aquel -86- cuerpo extraño vacío ya de la carga de alegrías emociones o tristezas, que arrastrada de los cabellos me llevaron a reconocer; entonces cierro los ojos y los oídos y me dejo guiar sólo por el olfato. En realidad por la memoria del olfato, para recuperarte desmemoriado y sin nombre con tu piel apenas humedecida en los ajetreos de amor.

Guiada por el olor a tierra mojada, tanteo con las yemas de los dedos construir tu cara, suavemente trazo el contorno de tu boca y tus ojos, y te recubro con tu sonrisa de espiga, dibujo payasitos en tu frente y lentamente como un ciego que aprende a leer voy andando por el mapa palpitante de tu cuerpo para detenerme en el misterioso costurón de tu rodilla y escucho mi propia voz preguntando

-¿De qué es esta cicatriz?

-Huellas, tal vez descuido.

Tu respuesta me incomoda como si yo tuviera algo que ver con ese costurón.

Fueron sólo dos semanas de encuentros furtivos y desesperados.

¿Cómo te conocí? Fue en la casa de algunos amigos prohibidos, gente fascinantes por vivir en otros mundos, me llamaban «niña rica» sin ningún atisbo de burla o resentimiento, me aceptaron alegremente y cuando hablaban de cosas que yo no entendía sólo me pedían silencio con el dedo sobre los labios, y poco a poco fui descifrando sus enigmas y te cuento con orgullo que nunca olvidé el mandato de silencio.

Aquella noche me llamó la atención el incendio de tus ojos negros y tu aire desamparado, te invité a bailar y luego te secuestre con una osadía más fingida -87- que real, no pregunté tu nombre, supe después que te llamaban comandante Juan, yo te registré para siempre como Juan Laguna. Me introduje en tu sangre con la prisa ardiente de la mía y desde ese día todo adquirió un color diferente en mi vida. Eras tan simple y profundo, tan descomplicado y misterioso; tu lenguaje era una clave a descifrar y sólo el vacío definitivo de tu ausencia me permitió decodificarlo.

Pensaba que las palabras lucha, justicia, libertad, igualdad, eran vocablos aburridos inventados para discursos guerreros y nunca antes de conocerte pensé que podían tener significados tan hondos, claros y precisos ni que podían sonar como masticadas con azúcar.

Tenías un sentido del humor incomparable y tu risa fácil era una escoba capaz de limpiar todos los corredores de tristezas. ¡Cómo te querían! Era imposible sustraerse a tu risa enorme que abarcaba toda la alegría y el placer de la tierra.

Cuanto te amé amor. Y aunque duró tan poco y tuvo un final tan trágico le agradezco a la vida por haberte encontrado, por permitirme vivir esa sensación de eternidad que fue nuestro encuentro.

Dos semanas Juan Laguna. Dos semana recorriendo el territorio de tu cuerpo macizo y fuerte como un árbol centenario, suave y dulce como un panal de miel. Dos semanas caminando en punta de pies la superficie lunar de tu alma. Dos semanas de ensueños y una madrugada de pesadilla.

Mi padre taladrándome con su mirada de piedra, con la boca duramente cerrada, mientras los otros me arrastraban de los cabellos, sin que él amagara ningún gesto de defensa.

-88-

-La puta de su hija coronel, hace dos semanas que se hace coger por ese desgraciado, aprendiz de guerrillero-.

Mi madre murmurando plegarias con los ojos secos y desorbitados; y yo refugiándome en tu recuerdo convertida en caracol, larva, oruga o embrión desmemoriado.

Dije con una voz de puñal que apuntaba directo al corazón de mi padre, que como todo militar edulcoraba su vida con frases de radioteatro «por amor se hace todo» sin haber llegado jamás a pisar el territorio de leche y miel de los amantes:

-Sí, me acosté con él como con muchos otros, pero no conozco sus actividades, no es mi costumbre interrogarle a los tipos para abrirle mis piernas-; y mirando tu amado cuerpo convertido en carne oscura y tumefacta mientras la laguna de tu nombre inventado me ahogaba el alma, agregué:

-A rey muerto rey puesto, alguien ocupará su lugar en mi cama -y con la detestada soberbia de mi padre «el coronel» terminé:

-Desháganse de este fiambre antes de que apeste y pídanle disculpas al coronel, no tenían derecho a llamarle puta a su hijita del alma, al fin y al cabo yo no cobro.

Te recupero de tanto en tanto en el olor de la tierra mojada y agradecida por los torrenciales aguaceros con sol de los veranos calientes y me envuelve la luminosidad de tu sonrisa en los arcoiris que beben en los charcos del patio y me río imitando tus carcajadas de manantial corriendo entre piedras blancas, mientras la laguna de tu nombre inventado me ahoga el alma. Los locos me miran y poco a poco sueltan la risa que suenan con las cinco vocales: ja ja ja je je je ji ji jo jo jo

Permitido el uso sin fines comerciales

---

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#), para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) [www.biblioteca.org.ar](http://www.biblioteca.org.ar)

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). [www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)

